

LA MUJER DE NAVARRA

ERA yo casi niño todavía, cuando un hermosísimo día de otoño salí de Viana al amanecer, acompañando a un sacerdote que iba a decir misa en la ermita de Nuestra Señora de Cuevas, antiguo santuario, distante de la ciudad menos de media legua, y pintorescamente escondido entre los olmos de un riachuelo y los frutales de algunos huertos, al pie de suaves colinas, cubiertas de grama, tomillo, viñedos y olivares.

Celebrábase aquel día la fiesta de la Virgen, la romería de la ermita, y la gente de la comarca había de poblar más tarde templo y riberas, huertos, prados y colinas. Pero a la hora en que llegamos, la ermita estaba aún solitaria, cual de costumbre, y a excepción de la pequeña campana que el ermitaño hacía voltear con furia, nada indicaba la algazara y bizarría en que algunas horas después había de hervir aquel desierto.

Ayudé a misa al sacerdote, y vueltos él y yo a la sacristía, quitóse casulla y manípulo, y con alba y estola salió a la puerta que daba a la pradera, echando responsos y esparciendo agua bendita con el hisopo, como si bendijese los campos que delante de la fachada principal se extienden hasta el Ebro.

Concluida esta pía ceremonia, y después de haber dado gracias el celebrante, subimos juntos al cuarto del ermitaño, que nos tenía preparadas sendas jícaras de chocolate, orladas de pan y bizcochos, con agua en limpios vasos de cristal, y una bandeja de bolados.

Durante el desayuno pregunté al sacerdote por que había salido fuera del santuario a rezar responsos, a lo cual, con grave y sosegado acento, me respondió:

«Hace más de ocho siglos, esta que hoy ves humilde ermita, la mayor parte del año solitaria, era nada menos que iglesia parroquial de un pueblo de Navarra que ya no existe, y que entonces, tendido por estos collados y praderas, alegre y afanoso, cual si nunca hubiera de perecer, la circundaba. El atrio de la parroquia, según costumbre de aquellos tiempos, conservada aun en muchas aldeas de los Pirineos, servía de Camposanto. He salido, pues, a bendecir a los muertos en el mismo suelo en que yacían, y a dirigir por ellos preces al Dios de toda misericordia; porque es bueno que antes de que los vivos vengan a triscar y bailar sobre los pueblos que han pasado, haya alguien que se acuerde de las almas que sobreviven a los cuerpos, sepulcros y ciudades.»

Muchacho y todo como yo era, las palabras del sacerdote navarro debieron de hacerme honda impresión. Lo conocí después en las muchas veces que me he visto arrebatado en alas de la imaginación a semejante escena, deleitándome en reflexionar sobre ella.

Pensando en esto, he vuelto en diferentes épocas de mi vida al santuario de la Virgen de Cuevas. El edificio, aunque recompuesto, descubre en el ábside algunos trazos de la parte superior, vestigios de su primitiva arquitectura románica, que precedió a la mal llamada gótica; pero ya no conserva ningún otro indicio de su venerable antigüedad. Quizá al ser reconstruido ha cambiado hasta de titular; porque el templo, hoy dedicado al culto de Nuestra Señora, debió de ser primitivamente consagrado a San Andrés, apóstol. Del cementerio no ha quedado nada: ni lápidas, ni sepulcros, ni inscripciones, ni siquiera huesos. De la población, nada tampoco; ni siquiera ruinas. Las que se ven a cierta distancia pertenecen a un convento de Templarios, posterior al pueblo de San Andrés de Cuevas. De éste, ni una mala piedra que indique vivienda o monumento: sólo campos..... *Ubi Troja fuit*. En los libros apenas se hallará memoria de tan poco famoso lugar. Pero de este lugar olvidado, de este cementerio que ha desaparecido, de los huesos ya convertidos en polvo, que los vientos esparcen o las aguas arrastran al fondo de los mares, se acuerda todavía el sacerdote, y se acuerda, debemos decirlo, la ciudad que se engrandeció con los despojos de un lugar abandonado, el pueblo que heredó la iglesia del pueblo extinguido, y que la festeja por lo menos una vez al año, y tiene quien bendiga lo que fué cementerio, y al polvo a que han quedado reducidos los huesos de sus antepasados.

Porque yo lo he visto después: si entonces, como niño, me sor-

prendió la noticia de que en aquellos prados, huertos y alamedas se alzaba en siglos remotos una población, no hay persona medianamente ilustrada en la ciudad que ignore su existencia: de manera que de padres a hijos se va transmitiendo y perpetuando la memoria de un hecho, que sólo repiten hoy los ecos de aquellos templos y campiñas.

Tal es la provincia cuyas mujeres tenemos el encargo de describir, y a quienes mal pudiéramos comprender si no nos remontáramos al orden de ideas a que tan naturalmente nos elevan las palabras de aquel sacerdote, después de los responsos ofrecidos a Dios en sufragio de almas que vivieron en poblaciones de que apenas hay memoria, después de aquel rocío de agua bendita que liga siglos a siglos, tiempos olvidados con tiempos futuros, misterios de la tradición con misterios de lo porvenir.

Estamos en un pueblo donde son leyes las costumbres, y donde el uso y la ley arraigan en lo inmemorial: pueblo, por consiguiente, donde la mujer, que tiene siempre real y legítima influencia en toda tierra cristiana, ha de reinar con soberano influjo, como depositaria y guardadora en el hogar doméstico del arca santa de la tradición, tesoro popular de amor y fe, rico patrimonio de todas las generaciones.

En el corto perímetro del antiguo Reino de Navarra podemos observar diversos climas, desde las nieves casi eternas de los picos próximos al Pirineo central, hasta los secos y abrasados páramos de la Solana y la Ribera. Hay en esta superficie montañas de primer orden, pelados riscos, llanuras feracísimas y amenas, valles profundos siempre cultivados, y selvas que recuerdan tiempos no lejanos del diluvio; pinares y hayedos, albergue de osos y jabalíes y sotos, olivares y viñedos de riquísimo fruto. Por tan variados y opuestos paisajes han cruzado razas no menos distintas y contrarias: los éuskaros o sean los aborígenes, cuya procedencia y peregrinación es uno de los enigmas indecifrables de la Historia; los celtas, que viniendo de las Galias se unieron en Aragón a los iberos; los visigodos, raza también hiperbórea, con quien Navarra sostuvo guerra tres siglos, y por último, los árabes y bereberes africanos, que también dominaron por algún tiempo aquella parte del territorio que menos podía esquivar la coyunda. Pero ni los accidentes topográficos, ni la variedad de climas, ni la consiguiente confusión de sangre, han podido alterar el fondo de lo que constituye el tipo de la mujer navarra, siempre igual, a juzgar por la tradición y las escasas noticias que nos han dejado los escritores griegos y romanos.

Poco, en efecto, nos dicen éstos de las mujeres de Vasconia, nombre con el cual se designaba entonces la región que en la Edad Media comenzó a llamarse Navarra. Los paganos apenas daban importancia a la mujer, y no es de extrañar, por lo tanto, que sólo el hablar de las costumbres de cántabros y vascones, nos refieran por incidencia algo de lo que a nosotros principalmente nos interesa en el presente artículo. Sabemos de esta manera que las mujeres llevaban vestidos floridos y brillantes, que contrastaban con el traje oscuro o completamente negro de los hombres; sabemos, y esto es más interesante, que las mujeres mismas hilaban y tejían la lana, y fabricaban las telas, dándolas con el tinte y el bordado tal variedad y viveza de colores, que alcanzaron fama europea.

Otro contraste no menos singular: el antiguo vascón, ágil, robusto, de tez morena y rizada cabellera, llevábala tendida por los hombros, desdeñando, como sus vecinos los francos, toda defensa para la cabeza, aun en tiempos de guerra y al entrar en combate. Las mujeres solteras, por el contrario, usaban el cabello corto, cubriéndose con tocas de color, al revés de las casadas, que dejaban caer sus trenzas por la espalda y se tocaban de blanco. De esta costumbre de cortarse el cabello la soltera, la vino el nombre de *motza* que tiene la doble significación de *moza* y *mocha* en castellano.

Cuéntase también por Estrabón, que los antiguos cántabros vascones adoraban a un cierto Dios innominado (*innomitatam quemdam Deum... venerari*), para festejar al cual pasaban la noche del plenilunio bailando y cantando con las respectivas familias a la puerta de sus casas. Jóvenes de ambos sexos cantaban también a coro y danzaban durante los festines de los ancianos y patriarcas de la república.

De aquí se infiere que la mujer vascona era entonces religiosa, alegre y hacendosa, como es hoy la navarra; y si en ésta vemos sobresalir además la altivez y el amor a la libertad e independencia, semejantes cualidades, que han podido desarrollarse a consecuencia de las vicisitudes históricas de este antiquísimo solar, existían como en germen en la primitiva raza ibérica, pobladora de los Pirineos occidentales.

En efecto, sus primeros habitantes fueron los éuskaros o euskaldunas, a quienes nosotros solemos llamar iberos, cántabros, vascos o vascongados, gente sencilla, culta y pastoril, de suaves costumbres y dulcisimo carácter, que profesaba la religión natural, sin mezcla alguna de idolatría, ni quizá de supersticiones. Así lo prueba, entre otros da-

tos, el monumento vivo de su idioma, cuya raíz no ha podido ni podrá tal vez averiguarse nunca, y en el cual no se halla ningún sabor pagano, al paso que abunda en voces y conceptos del más elevado espiritualismo. Estos primitivos pobladores se extendieron por las cimas y vertientes de los Pirineos occidentales, desde las orillas del Adour a las del Ebro, divididos en siete tribus, la más oriental de las cuales era la vascónica o navarra.

¿Por qué esos errantes peregrinos, esos emigrantes ibéricos, a quienes algunos autores hacen penetrar en España por Andalucía; por qué teniendo, como tenían, por suya toda la Península, a la sazón tan sólo por fieras habitada, desdeñaron feraces campiñas y pingües riberas, los amenos vergeles en que la fantasía de los griegos colocó más tarde el jardín de las Hespérides, y se acogieron a la sombra y aspereza de los Pirineos, para cultivar los cuales tuvieron que principiar abrasando vírgenes e impenetrables selvas, produciendo los famosos incendios históricos que han dado a toda la cordillera el nombre helénico de Pirene, que aun conserva?

¿Por qué?

No encuentro satisfactoria explicación a tan singular fenómeno, sino en el fiero amor de nuestros aborígenes a la independencia. Aquellos hombres, no tan apartados como nosotros del primer hombre, conocieron con mejor instinto que en la dulzura y regalo de las campiñas se enervan pronto el vigor del cuerpo y la energía del espíritu, viniendo en pos de la molición la aborrecida esclavitud. Siempre las montañas han sido baluarte de la libertad, refugio de corazones sencillos, enteros y generosos.

He aquí como la altivez, el valor, el carácter independiente y áspero, hasta cierto punto, de la mujer navarra, existían en el fondo de la vascona. Pero estas cualidades, como hemos dicho, hubieron de ponerse después más en relieve.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADE

(Continuará.)

LA MUJER DE NAVARRA

(Continuación.)

Andando el tiempo, aunque todavía en época indeterminada, los euskaldunas se vieron acosados por los celtas, raza hiperbórea, que entró en España por los Pirineos occidentales, y siguió por las estribaciones de esta cordillera, remontando el Ebro por Aragón y la Rioja.

Para mí, es indudable que los celtas lograron apoderarse de alguna parte del territorio euskaro pirenaico, como lo prueban los monumentos, evidentemente drúidicos, que se han descubierto en nuestros días en la llanada de Alava, unos cerca de Vitoria y otros más allá de Salvatierra. Los celtas unidos a los iberos de la derecha del Ebro, formaron el pueblo celtibérico, que se extendió por casi toda la Península no logrando dominar la Euskal-erria, o tierra propiamente vascongada, que conservó su raza sin mezcla de los invasores septentrionales. Lo mismo fué sucesivamente aconteciendo con las avenidas de romanos, godos y africanos.

Pero al tocar este punto, debemos, para evitar confusiones, explicarnos con menos vaguedad. En el territorio vascongado hay una parte, que es la montaña, cuya historia no puede confundirse con la de la llanura. En la montaña, y sobre todo en lo más occidental del Pirineo, subsiste la raza euskara, casi podemos decir, en su primitiva pureza. Las tierras llanas y fronterizas, más accesibles a los extraños, y desprovistas de medios naturales de resistencia, han tenido que sucumbir, por más o menos tiempo, al yugo de los conquistadores. Así las riberas van recibiendo los cantos rodados y el limo de las inundaciones que las transforma cada día, al paso que los peñascos graníticos de la altura permanecen inmóviles al empuje de los huracanes, al azote de las lluvias y al embate de los siglos.

Las orillas del Ebro fueron en Navarra las primeras en doblar la cerviz a las arremetidas de pueblos extraños, los cuales, siguiendo por lo regular el curso del Arga, llegaban a Pamplona, retrocediendo de allí, para formar el tercer lado del triángulo, por los valles de Araquil y la Burunda, hasta encontrar por la llanada de Alava la base del Ebro.

Tal fué el curso de los celtas, romanos y godos, y tal, poco más o menos, el de los árabes y africanos. Pero ninguno de estos pueblos pudo establecerse en las montañas que se alzan dentro y fuera de estas zonas de servidumbre, cuyos contornos acabamos de trazar.

Surgen de aquí varias consideraciones, todas importantes al objeto de las presentes líneas.

Es la primera, que estando sujeta una parte de Navarra al yugo enemigo, y la otra no, nunca en aquélla ha debido de ser quieta y pacífica la dominación. Así se explica, por ejemplo, que de muchos Reyes godos tengan que decir los historiadores: *Domuit vascones* (sujetó a los navarros): frase que, repetida en cada reinado, prueba lo contrario de lo que trata de darnos a entender el escritor.

Vivían, pues, los navarros en perpetua lucha con los extranjeros que querían conquistar todo aquel territorio; y esta guerra, prolongada desde los tiempos prehistóricos hasta el fin de la Edad Media, ha desenvuelto el carácter altivo, belicoso y fuerte de la mujer navarra. No se concibe tan constante lucha sin un salvaje amor a la independencia, el cual, para ser durable, ha de estar sostenido y fomentado por la influencia femenil. De aquí nace también la laboriosidad de la mujer. *Cuando el hombre vive familiarmente con el peligro*, dice un escritor, *la mujer tiene que amar el trabajo*.

Despréndese igualmente de las premisas históricas arriba expuestas, que no pueden menos de ser realmente distintas la montañesa y la ribereña de Navarra; la que procede de nuestros indígenas, y aquellos cuyos ascendientes se han mezclado con las razas enseñoreadas por algún tiempo de las llanuras. Conviniendo ambas en el fondo del carácter nacional, obsérvame entre ellas notables diferencias y matices, cuyo origen acabamos de indicar.

La montañesa es altiva, constante, trabajadora y alegre, como sus paisanas del Mediodía; pero ni física ni moralmente puede confundirse con ellas. Más ibérica, más vascongada, más primitiva que éstas, conserva toda la dulzura de la mirada, toda la sencillez de la sonrisa, toda

la suavidad de los modales de la tribu euskara en que ha nacido. De la tribu, decimos, y no de la raza en general; porque si la montañesa es blanda y apacible, comparada con la de la ribera, es por ventura, la menos dulce de todas las vascongadas. Del vascuence navarro al guipuzcoano, por ejemplo, hay casi la distancia de un dialecto. El primero es duro, elíptico y breve; el segundo, numeroso, eufónico y musical. Pero si la variedad de tribu a tribu es clara, no lo es menos la que existe de los montes a los llanos, dentro de la misma provincia. El valor de la serrana es menos gárrulo, en alegría menos bulliciosa y su figura más femenil. Hacendosas ambas, distínguense por las ocupaciones en que se emplea su actividad: la ribereña cuida principalmente de la casa, y procura hacer mucho en poco tiempo, para que le queden horas de holgura o de solaz: rara vez sale al campo, como no sea para labores sencillísimas de la escarda o de la era: la montañesa, menos fuerte en la apariencia, trabaja más como zagala o labradora; sus faenas son rudas algunas veces, pero no sale de su paso, es más cachazuda y constante en su laboriosidad.

Tenemos, pues, como impuesta por la Historia y la Naturaleza, esta división del tipo de la mujer navarra; pero antes de extendernos en la descripción de cada una de estas variedades, hay que señalar otras, comunes a entrambas.

Navarra es uno de los reinos peninsulares en que más se ha dejado sentir esa influencia general europea, predominante en la Edad Media, y conocida con el nombre de feudalismo. No han existido en esta monarquía barones feudales propiamente dichos, no se ha conocido el feudalismo de derecho; pero de hecho, familias descendientes de bastardos de sangre real, que obraban como independientes de los Monarcas, superiores a ellos en realidad, aunque humildes vasallos en el nombre, ejercieron por mas de un siglo tan funesto influjo, que concluyeron con la autonomía del territorio, cuyas villas y castillos se disputaban. Las casas de Beaumont y de Navarra, cabezas de los tenaces y sangrientos bandos beamontés y agramontés, son incontestables pruebas de ese feudalismo que tenía como asombrado y oscurecido el trono, y concluyó por entregarlo, casi sin resistencia, al de Aragón y Castilla.

Quizá no fué la culpa toda de los señores de la Edad Media; quizá había algo de feudal en la organización primitiva, anterior a la fundación del reino pirenaico. La institución patriarcal de señores de Valles, confederados entre sí, y todos juntos con las demás repúblicas vascas,

abrigaba tal vez el germen de ese principio, que más tarde había de tomar la forma de bandos. Como quiera que sea, el Señorío de Valles y esas banderías que desaparecieron con la independencia de Navarra, han dejado algunos restos, o por mejor decir, algunas sombras, en la organización de clases y categorías que hasta nuestros tiempos se ha conocido.

Parécenos, en efecto, que la nobleza navarra era menos expansiva, menos democrática, si nos es permitido hablar así, que la de otras provincias españolas. No lo extrañemos: siendo en Navarra la clase popular más altanera que en Castilla, más altiva tenía también que ser, en proporción, la aristocracia.

La dama navarra vive, poco más o menos, como vivían las españolas en los siglos XVI y XVII. Sin dejar de ser nunca señora de su casa, mujer de gobierno, ni despilfarradora, ni mezquina, sino celosa del orden, y en todo caso, picando más de económica que de pródiga, es hidalga, poco comunicativa con las señoras de la clase media, y más dada al trato de las mujeres del pueblo. Pero sin afectación de ninguna especie, sin alarde de tiesura y desdén, su sociedad se circunscribe naturalmente a las familias de su misma categoría, condenándose muchas veces a la soledad, en que no viven, por cierto, ni su marido ni sus hijos, pues el orgullo aristocrático parece encerrado en el corazón de la mujer.

La dama navarra solía tener, y aun procura conservar todavía, puesto fijo en el templo, que si no siempre puede ser la capilla o el altar erigidos por sus antepasados, es la antigua sepultura, en cuya lápida se conserva todavía, de relieve, el escudo de armas de la casa. La dama navarra, ora habite en las ciudades, ora en la aldea, viste con elegancia, no teniendo que envidiar en esto a las madrileñas: hecho que se explica por la proximidad de Francia y la frecuencia de comunicaciones que existe entre ambos países.

Este aire aristocrático es también, para el atento observador, la primera impresión que deja una ciudad navarra. Suele advertirlo el forastero en Pamplona, y resalta asimismo en Tudela, Corella, Viana y otras poblaciones no invadidas aún por la industria niveladora. Las gentes pasan y se van modificando todos los días; pero las piedras suelen durar más que los hombres. En todos estos puntos va desapareciendo la distinción o separación de clases: la dama noble se humaniza, la de la clase media se eleva; ambas compran telas en una misma

tienda y encargan los vestidos a una misma modista; pero las diferencias arquitectónicas son más tenaces y no se borran con tanta facilidad; y aunque hoy acontece que en antiguos palacios viven los descendientes de los agotes v siervos del terruño, como la fachada de sillería no se ha modificado, como aun campean en ella los enormes escudos de piedra, los vítores tallados y dorados, y aquellos gigantes balcones de hierro con maderas ricamente ensambladas, y como *il tempo dipinge* en las antiguas piedras, como en los antiguos cuadros, dándole ese misterioso barniz de la edad que todo lo entona y armoniza, resulta que la vejez ha embellecido los edificios, y que el contraste mismo de lo nuevo con lo viejo hace resaltar con todo vigor en pueblos menos sujetos a mudanzas, ese aspecto de Edad Media, digno fondo del retrato de la dama navarra, tradicionalista de raza y de misión, que vive en esas poblaciones como en su centro, haciéndose respetar aún más por su porte y sus virtudes.

Hemos dicho que en Navarra han existido clases sociales que en cierta manera estaban organizadas. Esta organización era debida a la ley municipal, que ha desaparecido en nuestros días. Sabido es que la designación de personas para cargos concejiles se hacía por medio de la insaculación, esto es, a la suerte. Había familias insaculadas sólo para Alcaldes, y era de la mayor nobleza, o de probada hidalguía; otras, clasificadas e insaculadas para Regidores, sirviendo el resto de Alguaciles. De una clase a otra no se podía ascender sin pruebas. Cuando en Navarra se decía en una familia: *Siempre han estado insaculados de Alcaldes*, esta expresión equivalía a una ejecutoria de nobleza. Título para aspirar a ella era poder decir: *Jamás en nuestra familia ha habido Alguaciles: siempre hemos sido Regidores*.

Los insaculados en la primera clase preferían para sus enlaces individuos de su misma categoría; pero no era dudoso contraer vínculos de parentesco con personas de la segunda, al paso que antes hacían todo lo posible para no empañar el lustre de su sangre uniéndose a la ínfima.

De esta distinción, separación y organización de familias, que se verificaba a la sombra de la ley, resultaban, como puede inferirse, no pocas dificultades en los matrimonios, dificultades que se reflejaban en las costumbres.

En efecto, tanto por esta causa como por otras de que aun tenemos que hablar, los padres de Navarra intervenían más que en otras

partes en el casamiento de sus hijas; y aunque la ley municipal ha cambiado con el arreglo de los fueros, y la provincia se rige en este y otros puntos como las demás de la península, todavía la intervención paterna en los casamientos sigue inalterable.

Cosa singular y fenómeno curisísimo, digno de estudio. La mujer navarra, tanto de la aristocracia como de las clases inferiores, es apasionada y vehemente por extremo, lo mismo en los valles pirenaicos que en los sotos y vergeles del Ebro. Quizá el rasgo dominante de su fisonomía, hablando en general, es la viveza de sus ojos grandes, negros, rasgados, de intensa mirada, profunda y avasalladora: la energía de sus facciones está indicando también fisiológicamente la de su alma. Pocas naturalezas hay más accesibles al entusiasmo, pocas de más enérgicas y bruscas resoluciones; en sus alegrías patrióticas es una loca, y en sus grandes pesares una espartana; y sin embargo, circunscribiéndonos a las clases superiores, porque la inferior forma capítulo aparte, los matrimonios por amor suelen ser menos frecuentes que en otras provincias: en Navarra abundan los enlaces por conveniencia. Pero aquí entra la parte más digna de fijar la atención del filósofo y moralista: en pocas partes los matrimonios de las clases regularmente acomodadas son más felices, producen mejores resultados.

¿En qué consiste este fenómeno?

En varias causas, cuya explicación, aunque muy propia de la materia que traemos entre manos, sería demasiado prolija para las dimensiones trazadas al presente artículo. Apuntaremos nada más que las meramente indispensables para formar idea de la manera de ser de las mujeres de Navarra.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

(Concluirá.)

LA MUJER DE NAVARRA

(Conclusión.)

Consiste, principalmente, en su educación religiosa, que las hace, según puede inferirse de lo expuesto, muy semejantes a la *mujer fuerte* de la Sagrada Escritura. Añadiremos, como dato que corrobora este aserto, que ninguna provincia de España suministra, en proporción a sus habitantes, mayor número de jóvenes para Hermanas de la Caridad: de ninguna otra quizá salen tantas Superiores de tan sublime instituto.

La legislación civil, que da a los padres libertad completa de testar, hace también que tengan éstos en Navarra más autoridad, mayor influjo sobre los hijos, que en las provincias sujetas al derecho castellano. De aquí la mayor sumisión y docilidad de los hijos.

No hay que olvidar tampoco que la propiedad en Navarra no está tan aglomerada como en Andalucía y otras provincias de la Reconquista. Las fortunas, por lo regular, son modestas, las dotes escasas, y hay verdadera necesidad, por consiguiente, de tener en cuenta lo que cada cónyuge ha de aportar al matrimonio, si no han de descender los hijos de categoría, cosa muy mal vista y en lo posible evitada por las familias. Dada, pues, esta necesidad, parece hasta decoroso y delicado, sobre todo cuando de las hijas se trata, que los padres tomen por su cuenta el arreglo de la boda.

Si los novios se conocen, y se han tratado, y se avienen al matrimonio, entonces el negocio es muy sencillo: se les deja un tiempo corto, lo más corto posible, para el galanteo; tiempo que generalmente invierte la novia en preparativos de galas y ropa blanca, que es el mayor lujo de las navarras; y se casan, y se aman toda la vida, y *laus Deo*. *Laus Deo* podemos repetir de todas veras, pues generalmente la infide-

lidad conyugal es mucho menos frecuente en Navarra que en otros países. También son raros los celos. Tanto la mujer como el marido necesitan ser muy aplicados, si han de conservar el lustre de la casa, y ni uno ni otro tienen tiempo de ser infieles ni celosos. La ociosidad es madre de todos los devaneos.

En este deseo de la conservación de la casa, entra por mucho la legislación civil, que tiende a robustecer el tronco de la familia, a expensas quizá de las ramas. Los padres se proponen por lo regular, dejar heredero del solar y de la hacienda que procede de la familia a uno de los hijos. Pues bien; para no perjudicar a los demás, necesitan aumentar el capital, o dar carrera eclesiástica, militar o civil a unos, preparar dotes a otros, milagros que no pueden hacerse sino a fuerza de orden, de economía y trabajo. Este matrimonio tiene que vivir estrechamente unido, no puede desperdiciar el tiempo, ni descarriarse y perderse en imaginaciones y locuras.

Enlaces de personas que se conocen de toda la vida, y que mutuamente se estiman, suelen ser los más frecuentes. Pero muchas veces se trata de la unión de jóvenes que nunca se han visto, o que no recuerdan al menos haberse conocido jamás, en cuyo caso hay que procurar este conocimiento, hay que salir *a vistas*. La boda está ya acordada *en principio* y aun arreglada, si se quiere, entre los padres de los presuntos esposos. Los cabezas de entrambas familias no sólo saben, antes de que los novios se conozcan, lo que cada uno de ellos ha de llevar al matrimonio, sino algunas veces los testamentos que han de preceder a la boda, pues en el trato se acuerda quizá nombrar herederos a los futuros cónyuges. No falta más que el consentimiento de éstos, requisito que no nos parece para olvidado. Sobre ello han hablado ya los padres a sus respectivos hijos, los cuales también aceptan *en principio*, o por lo menos tampoco se oponen. Convengamos en que es mucho aceptar y mucho no oponerse, siquiera sea en tesis general, en principio, en fin o postre. Porque esos que admiten por de pronto, o no rechazan la proposición; esos que dentro de poco van a unirse para toda la vida, a ser uno de dos, o dos en uno, no se conocen hasta ahora, no saben si son feos o bonitos, blancos o negros, altos o bajos, tuertos o derechos.

Mas para este consentimiento previo, para esta premisa aceptación, nunca faltan antecedentes que ilustran algún tanto la cuestión, y sirven como de preliminares en la materia. Paréceme a mí que la novia

debe saber al dedillo cuántos años tiene, sobre todo si pasa de los veinte. Es de suponer que tampoco ignore que hasta la presente nadie le ha dicho: «Buenos ojos tienes». o cosas por el estilo, de esas que atañen y son más de lo que parece pertinente al proyecto matrimonial.

Presúmese también que la novia en cuestión no ha de tener vocación de monja, y que en sus vigílias o lucubraciones no se le ha presentado la imagen de un mozo de la aldea y sus contornos, que pueda decorosamente pretenderla.

Todo esto junto, con tal cual noticia de la honradez del chico, de su buen juicio y aplicación, de lo rancio de su familia y lo bien provisto de sus graneros, de la hermosura de sus mulas y de la esperanza de sus majuelos, forma un prólogo congruente de tan magna obra, una sinfonía de esa ópera verdaderamente seria.

Algunas veces, el ir a vistas se reduce a mera ceremonia. Los novios se conocen, y quizá se tratan, y se han visto y aun mirado más de lo regular. Pero como viven en distintos pueblos, hay que llenar esta formalidad de ritual. En casos tales, el día de las vistas es uno de esos que forman época en la vida de los jóvenes, un prelude del festín de boda. Los novios, de acuerdo con los padres, se dan cita a una población de importancia, a un santuario, a una romería, donde, como por casualidad, concurren las dos familias y van a parar a una misma posada. Como por casualidad también, comen todos juntos, y juntos salen a compras, van a los toros, al baile y al café; y sin empacho, por último, juntos acuerdan el día de la boda.

Pero cuando las cosas no están tan adelantadas, cuando la entrevista de los presuntos cónyuges es un verdadero anteproyecto, primera y decisiva memoria para optar al premio ofrecido, yo no sé, no me puedo figurar, no acierto a imaginar siquiera, qué es lo que pasa por el corazón y por la imaginación de aquella pobre chica, a un tiempo electora y elegida, o más bien votante y candidata, juez y parte. Por muy serena que sea—y las navarras no se aturden fácilmente—, por mucha confianza que le merezcan sus padres, por grandes que sean su cariño y su respeto, debe hallarse aquel día como atontada, al ver por primera vez a un hombre que la mira también por vez primera, para decidirse, después de algunas horas, a ser o no ser eternamente suya, olvidando por él padre y madre, dejando acaso por él la casa en que ha nacido, en que ha pasado toda su niñez y lo mas florido de su ju-

ventud, y hasta el pueblo en que se ha criado, y sus compañeras, y sus conocidas y sus amigas.

¡Terrible situación, misterio incomprensible para nosotros, el de aquellas horas verdaderamente críticas en la vida de esa joven! Tranquilicémonos, sin embargo: observemos bien su fisonomía: al ir a vistas, brilla su semblante con una esperanza que antes no tenía; al volver, nótase en ella un orgullo, o de satisfacción o de despecho. Ha elegido o ha desdeñado: dos grandes motivos de soberbia para toda joven. Pongámonos en lo peor: ha sido desdeñada. Nadie puede figurarse hasta dónde llegará en semejante caso el despecho de la mujer navarra.

Hay en este país algún otro motivo más para que los matrimonios sean felices. El consorte que sobrevive, sea varón o hembra, disfruta de la *buena*, esto es, goza del usufructo de la hacienda que llevó el difunto consorte al matrimonio. De esta disposición legal nace el interés mutuo de ambos cónyuges por la casa, su aplicación al fomento y prosperidad de unos bienes que han de servir para la viudez. Los casados en Navarra pueden considerar todos los bienes del matrimonio como propios, pues realmente de todos ellos ha de disfrutar el superviviente mientras no vuelva a casarse.

Esta ley ha dado realce a una clase muy respetable en todas partes; pero más que en ninguna en Navarra: la de las viudas. La viuda que goza de una *buena*, con la cual puede mantenerse decorosamente, tiene verdadero interés en no contraer segundas nupcias, para no perder el usufructo de la hacienda del primer marido. La viuda que en Castilla apenas es más que una mujer a quien le falta su esposo, privada, hasta poco tiempo ha, de la patria potestad, en Navarra es cabeza de familia, con iguales facultades que el padre: la viudez, por consiguiente, constituye para la mujer un estado que le da nueva y legítima respetabilidad, y acrecienta la autoridad de la madre. Así es que las viudas no suelen volver a casarse, sobre todo entre familias que viven con cierto bienestar. En ello gana la mujer, y ganan principalmente los hijos.

Las precedentes observaciones recaen sobre las clases que podemos llamar bien acomodadas. La mujer del pueblo, como antes hemos indicado, merece párrafo aparte.

Las clases pobres, compuestas generalmente de jornaleros, que se sostienen casi exclusivamente con el producto de su trabajo corporal, son, en la ribera del Ebro, las más felices y las más dignas de lástima

al propio tiempo. Dichosas, mientras su pensamiento se encierra en el día de hoy: y desdichadas, cuando su imaginación las obliga a pensar en el de mañana.

Los hombres, fornidos y robustos, de musculatura hercúlea y de carácter duro, aunque en el fondo bondadoso, se comen cuasi todo lo que ganan, y su alimento en pocas partes será mejor. El pan es blanco y de sustancia, el vino fuerte y abundante, y ambos artículos forman la base principal de sus comidas: el pimiento y la carne constituyen el resto. Sólo cuando el jornal es corto o falta por completo, que suele suceder raras veces, llevan al campo patatas y legumbres. Con tales alimentos y tal género de vida, los mozos sobrellevan alegres el trabajo, por duro y penoso que sea. Tras un día de cava o de arado en tierra arcillosa o de mucha miga, viene una noche de ronda, de guitarra y galanteo.

Estas costumbres en mozos de condición ardiente y belicosa, para quienes la mayor injuria es la nota de falsos, o sea de cobardes, da lugar a riñas, de las que frecuentemente resultan heridas o muertes. Si alguna cosa puede darnos hoy idea de las escenas, ya casi inverosímiles, de nuestro antiguo teatro, es la manera de ser de los mozos de manta de la ribera de Navarra. Con la misma facilidad con que aquellos caballeros desnudaban la espada, sacan éstos a relucir la navaja, que puede competir con el hidalgo acero en dimensiones. Las mozas de cántaro que se asoman a la ventana, o entreabren a hurtadillas la puerta de la calle, hacen el papel de las tapadas, y las relaciones, silogismos y discreteos calderonianos, sin variar de metro, se han convertido en cantares. Porque es de advertir que en pocos pueblos hay mayor facilidad que en el de Navarra para la poesía de romance y redondillas. Como un suceso, ya sea político o de amores, histórico o puramente subjetivo, llegue a herir la imaginación popular, bien seguros podemos estar de que ha de ser puesto en copla, y cantado al punto por mozas y casadas, criadas y niñeras.

Lo hemos observado mil veces: al poco tiempo de haberse recibido una noticia que, por su índole y circunstancias especiales, cunde pronto y trasciende a los *trasmochas*, a la plaza, a la fuente, al río, vuelve a nuestros oídos puesta en canción. El romance es también el proyectil o dardo que recíprocamente se disparan la rivalidad, los celos, las pasiones políticas, de fregadero a fregadero en las cocinas, de piedra a piedra en el lavadero.

La mujer del pueblo se casa por amor; su hacienda tiene poco que arreglar. La moza que lleva una cama completa y un baúl repleto al matrimonio, ya tiene ínfulas de rica. Se casa después de meses y aun años de amoríos. Pero se casa, y todo ha concluído para ella, excepto el padecer y sufrir. El hombre sigue trabajando como un negro, pero comiéndose, y sobre todo bebiéndose, cuanto gana; y la mujer que de moza ha procurado hacerse alguna ropa, estrenar algo por Pascuas y ponerse maja los domingos, ha concluído ya de lucirse y estrenar, y tiene que resignarse a remendar sus antiguas galas, y discurrir y trabajar cuanto pueda para sí y para sus hijos. ¡Triste suerte la suya! Aunque se casa joven, fresca como una lechuga y limpia como la plata, al año de matrimonio ya parece sucia, vieja y estropeada.

El marido también se acaba presto. Aquella robustez, aquellos bríos para el trabajo, sostenidos por el picante y el vino cargado de color y de alcohol, duran poco tiempo. A los cuarenta años, el que solo vive de la azada es ya viejo, y si no muda de régimen, bajara luego al sepulcro, no sin haber pasado por el hospital, a pesar del horror que siempre le ha tenido. Pero la mujer es su ángel tutelar. El marido que la atiende y sigue sus consejos, prolongara sus días. Ella la atrae al hogar, le cercena las horas de la taberna, le hace saborear el puchero de casa, vivir con su gobierno y llegar a edad avanzada.

Parece imposible que debajo de la ruda corteza de la mujer del pueblo, de compleción recia, desabrida, altanera, capaz de encajar una fresca al lucero del alba; de esa mujer a quien hemos visto después de casada llena de remiendos, pálida y desgñada, recobre tal influencia sobre su indómito marido. Y es que en el alma de esa hija del pueblo hay no sé qué energía, grandeza y perseverancia, no sé qué vigor, no sé qué hermosas cualidades, que si se replegan al principio sobre sí mismas, por no estrellarse en el alma indomable y fuerte del marido en plena juventud, luego que éste declina, reaparecen y tornan a la lucha, hasta que triunfa con ellas la mujer navarra.

De estos dos grandes tipos, de estos dos singulares caracteres, con defectos enormes y cualidades no menos notables, se compone un pueblo, a quien hay que juzgar sin pasión y contemplar con algún respeto.

Lo que en la ribera son músicas y rondas, trabucazos y navajadas, en la montaña son leyendas contadas en las veladas del hogar. Los que viven en Madrid y en pueblos meridionales, no suelen tener idea de

lo que es el hogar en una casa de los Pirineos. El hogar es toda la cocina, embaldosada de grandes piedras de granito. La chimenea todo el techo que, en forma de embudo y sin aleros, se apoya en las cuatro paredes del aposento, y deja escapar el humo por el tubo circular del centro. Debajo de él arden troncos enteros de robles y carrascos: gavillas de ramaje a las cuales las cabras han despojado de la hojarasca, entretienen la llama que sube a la chimenea con los giros y proporciones de una hoguera.

Alrededor de la lumbre, y apoyados en las cuatro paredes de la cocina, grandes bancos de nogal, que yacen inmóviles siglos enteros, dan asiento a los hombres que vienen del campo transidos y empapados de agua o nieve; y en torno de un candelabro de madera, tamaño como el hachero de una catedral, y en donde arden oblicuamente las teas, siéntanse en bajas trípodes las mujeres, cuyas trenzas recuerdan las de las antiguas vasconas, con sendas ruecas de lana que hilan a porfía, cuidando de renovar las teas que inundan aquel ámbito de humo y fragancia resinosa.

A la luz semifantástica del candelabro y del hogar, descúbrese la noble y honrada fisonomía de aquellos atletas, y el rostro dulce y sonrosado de la montañesa, de finas facciones y de brillantes ojos. La reunión está presidida por el *echeko-jauna*, cuyo mastín favorito yace como enroscado a sus pies. Miradlo: es el mismo montañés que nos dió a conocer la canción de Roldán en Roncesvalles. El perro que duerme a su lado es aquel que hacía resonar con sus ladridos las rocas de Altabizcar. Ese anciano de blancas guedejas vive en completa familiaridad con sus pastores y criados, pero respetado y querido de todos ellos. La *echeko-andria*, el ama, la dueña—que con todos estos nombres es conocida en Navarra—, con la rueca al cinto, no se distingue de las otras mujeres, sino como una semidiosa de los simples mortales, como una reina entre sus damas.

El invierno es largo, y eternas son en él las noches; las veladas tampoco tienen fin. Y a fuerza de durar mucho la trasnochada, es natural que se vean y se miren no poco los zagales, y que se hablen, si comedidamente con los labios por respeto a los amos, más atrevidamente con los ojos, con esos ojos tan expresivos, que todo lo saben decir con una mirada. Estos cuadros, tan suavemente difuminados, y al propio tiempo de tanto colorido, traen a la imaginación otros de la misma localidad, tradicionalmente conservados en las canciones del

país. Citaremos, aunque inventadas en nuestros días, estas estrofas del canto de Aníbal, cuando los vascos se deciden a acompañarle en su expedición contra los romanos:

Y a la hora en que se acuestan
Las mujeres, nos partimos,
Callados, por no turbar
Su dulce sueño a los niños.

No ladra el perro siquiera,
Que al vernos marchar tranquilos,
Cree que al alba tornaremos,
Y a rondar vuelve el aprisco.

.....

Dicenme que a Roma vamos
Donde el oro corre a ríos.
¿Qué importa? Hartáos vosotros;
Yo por mi valle suspiro.

Yo quiero ver a la hermosa
Que me guarda su cariño,
Y mi montaña está lejos,
Y el tiempo es largo y sombrío...

Volvamos por un momento los ojos a la ribera, y contemplemos a la madre que ve venir a su hijuelo llorando, descalabrado y con las manos en la cabeza:

—¿Qué tienes?— le grita.

—Que me ha pegado Fulanico.

—¡Falso! ¿Y por qué te has dejado pegar? ¿Y por qué no le matas?

Y la madre le castiga para que otra vez no se deje descalabrar impunemente por nadie.

¡Notable contraste de costumbres! Pero desengañémonos: el navarro siempre ha de ser navarro, por muy arrimado que viva a las crestas de los Pirineos; y la montañesa, por muchos quesos que forme y mucha leche que beba, no dejará de incitar a su marido a otras ocupaciones más lucrativas, aunque más arriesgadas, que las agrícolas y pastoriles.

Veréislos, pues, a marido y mujer darse al contrabando, haciendo prodigios de habilidad para trepar como gatos monteses por las rocas, o deslizarse como una avalancha hacia el abismo, cargados con los enor-

mes fardos que sacan de la frontera. Si el uno lleva los bultos, la otra el fusil. La montañesa, de finas facciones y graciosa mirada, sabe manejarlo tan bien como su padre, su hermano o su marido.

¿Para qué fines sociales ha criado Dios a la mujer navarra, que sabe dominar a hombres tan fuertes, tan enérgicos, de quienes siempre se ha obtenido más por la persuasión que por la violencia?

Responder a esta pregunta sería resolver este problema histórico: ¿Para qué fines conserva la Providencia esa muestra del idioma, de la raza y de la civilización de nuestros indígenas, ese resto del pueblo ibero, contemporáneo quizá de las Pirámides de Egipto, y que, a semejanza de ellas, subsiste inmóvil sobre tantas y tantas tempestades de polvo y arena que descarga en vano para sepultarlo el *simoun* del Desierto?

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

